

¿Cuál es en el Municipio la labor de los representantes comunistas?

Comenzadas apenas las labores de la nueva Municipalidad, se ha producido una situación en el seno de ella, que pone de manifiesto la actuación de los municipios electos por nuestro Partido.

El Presidente municipal señor Pinto, decidido a hacer labor, y a contar con los municipios que quisieran secundarlo en su empeño, sin parar mientes en otra cosa más que en el deseo que tuviesen de servir los intere-

ses comunales, ha contado desde el primer momento con la colaboración franca de nuestros representantes, y no así, por desgracia, con la de los otros partidos.

Los hechos dicen más que las palabras: cuando hemos

dicho repetidamente que estamos dispuestos a aunarnos con aquellos hombres honrados que sinceramente trabajen por crear sistemas nuevos de gobierno, sin tomar en cuenta, para apoyarlos, diferencias ideológicas

dentro del marco de la democracia, no se nos ha creído; la reciente actitud de nuestra fracción en la municipalidad, acuerpando las iniciativas del señor Pinto, es una demostración incontrovertible de la sinceridad de nuestras miras.

Por supuesto que esa actitud no podía gustar a aquellas personas que, acostumbradas y sometidas a las viejas prácticas de gobierno municipal, quisieran mantener esa institución como un campo de actividades meramente politiqueras, que se prestan para satisfacer ambiciones puramente personales, para dar «colocacioncitas», para encumbrar ineptos, y a veces hasta para hacer manejos oscuros; resultando de todo ello perjuicio lamentable para el tesoro y progreso de la comunidad.

Se ha querido, con mala voluntad evidente, o con ignorancia supina, hacer creer al público que el Municipio andará mal porque en él actúan los «intransigentes» comunistas. Y es más, a falta de razones para oponerse a la cívica actitud del señor Pinto, se ha recurrido a la treta de decir que él es comunista..... Pareciera que todo aquel que actúa con honradez, con altura de miras, con visión progresista, sólo puede ser un comunista. Pero a quien así actúa, lo califican de comunista los reaccionarios, para escudar bajo el calificativo que le indilgan, sus absurdos ataques.

Nosotros pedimos a los hombres honrados del país que nos vean actuar y que nos juzguen por nuestros actos. En el Municipio de la capital ¿qué están haciendo los comunistas? ¿Es acaso que han pedido que se coloque en el Salón de Sesiones el retrato de Manuel Mora? ¿O es que han llegado ahí a presentar planes rusos de trabajo? ¿O es que quieren co-

locar en los puestos administrativos a sus parientes, por el sólo mérito de serlo? ¿Cuál es, pues, la nociva influencia de los «intransigentes» comunistas? Sencillamente han llegado al Municipio a cumplir con su deber, a acuerpar a los hombres honrados, que ponen por sobre sus intereses personales los intereses de la Comunidad. Nuestros Municipios reclaman de sus compañeros estudio serio de las finanzas municipales, que permita planear sobre la realidad económica del tesoro comunal, un trabajo realizable y eficaz.

Quieren que los empleados municipales sean gentes honradas, capaces y necesarias; que el Municipio no sea más algo así como un asilo de beneficencia. Pretenden que se trabaje con orden y con seriedad; que se destierre de las sesiones la discusión política. Esa es su norma de conducta; esa será su labor, como lo fué en los Municipios pasados, en que tuvieron oportunidad de actuar.

Las entrevistas de TRABAJO

Con la empleada de una cantina de moda

Una de estas noches, mientras nos tomábamos un refresco en una de las cantinas de moda de San José, nos llamó la atención la cara cansada de la señorita que nos servía. Le preguntamos cuántas horas trabajaba y nos contestó que de las 10 de la mañana hasta las 12 de la noche. Es decir, casi 14 horas de estar de pie, porque les dan una media hora para almorzar y otra para comer.

Bajo la pintura de las mejillas y de los labios se adivina la palidez que dejan el cansancio y la mala alimentación.

Esta muchacha puede tener alrededor de unos 18 años. Está en la flor de la edad, como diría una persona que gusta de emplear metáforas sonrosadas. Es bonita y sus ojos y su cabellera forman parte de las golosinas que el dueño de la cantina ofrece a los clientes. Pero la verdad es que su juventud no puede disfrutar de la vida, porque no creemos que ni a ella ni a la mayor parte de sus compañeras les baste con los pipos más o menos atrevidos que le echan los señores que frecuentan el establecimiento. Si siguiera en ese lugar mientras le duren sus encantos temerarios, no tendría tiempo de dar gusto a sus deseos de gozar, pues en el trabajo debe estar desde las 10 de la mañana hasta la media noche, sonriéndole hasta a aquellos que le son más odiosos con una sonrisa que no le sale del corazón, sino que es una de las obligaciones de su oficio. Para estas orienturas no hay domingo, y hasta el Viernes Santo tuvieron que estar en su puesto, sirviendo té, helados y refrescos, a fin de que el patrón no dejara de percibir sus ganancias. En vano vienen valsos, foxes y rumbas nuevos. Apenas los oyen ellas, aumentados por el amplificador de la estación de la radio que funciona allí cerca. No tienen tiempo de ir a bailes, ni una

hora siquiera para conversar de amor con el novio.

Nos informamos más acerca de su vida y nos cuenta que vive en un barrio alejado. A veces el hermanito mayor viene por ella, y cuando no puede, tiene que irse sola, expuesta a los atrevimientos de los transeúntes que la toman por una cazadora nocturna o por una presa fácil. Almuerza y come allí mismo, pero la alimentación es mala. Nos cuenta también que ya a las 10 de la noche siente que se cae de cansancio. Pensamos cómo harán estas muchachas en ciertas épocas del mes, cuando su cuerpo debe tener reposo.

—¿Ud. no sabe que hay una ley para que los patrones no hagan trabajar más de ocho horas a sus empleados? —le preguntamos.

No lo sabía, pero pensamos que si lo supiera, daría lo mismo, porque estas leyes de protección al trabajador no pasan del papel.

—¿Cuánto gana Ud.? —No recordamos bien si nos dijo que 40 o 50 colonos, pero nos contó que en algunas cantinas las muchachas que sirven ganan sólo 30 colonos al mes, trabajando 14 horas diarias, incluso los domingos.

—¿Cómo aguantan eso? —No les queda otro camino: o aceptan lo que les ofrecen o se van. Esa es la famosa libertad de que goza el trabajador dentro del régimen capitalista: o el hambre o dejarse explotar como al patrón le convenga.

—¿Y por qué la Oficina del Trabajo no hace algo por Uds.? —Ella ignora que existe una Oficina del Trabajo, pero la verdad es que la Oficina del Trabajo es por ahora algo decorativo como las es-ouelas, algo que sirve para acumular papeles y más papeles. Cuando se ha tratado de que esta Oficina tome una medida que favorezca los trabajadores, la Secretaría de Gobernación se ha pues-

to de parte de los patrones.

Al salir oímos que el caballero a quien sirve en ese momento una taza de té con tostadas, dice a la muchacha un piropo subido de color. Es un alto empleado público a quien su mujer engaña. Sonríe a la muchacha con una sonrisa de lascivia cobarde. El otro día oímos a este mismo personaje decir que hay que combatir al Comunismo porque no respeta a la mujer ni la santidad del hogar, ni al matrimonio. Por cierto que no son comunistas los que han irrespetado su hogar, y un comunista de verdad no dirigiría nunca a una mujer un chiste grosero como el que él acaba de espetarle a esta pobre muchacha.

El magnavoz de la estación de radio que funciona allí cerca, echa a los vientos una canción de Tito Guizar: «Asina son las mujeres, asina son asina son...»

Las sodas y cantinas que hay alrededor del parque están llenas de gente. Van y vienen las muchachas que sirven en ellas, con sus azafates, con tazas de té o helados y con la sonrisa de sus labios pintados. Hace 12 horas que están trabajando. La ley dice que la jornada de trabajo es de ocho horas, pero los patrones se encogen de hombros ante las leyes, y luego todas estas damas y caballeros que sorben con deleite o indiferencia su té o su refresco o su jaibol, qué les importa que las muchachas que los sirven tengan que trabajar 14 horas diarias para ganar TREINTA colonos al mes, es decir, unos 6 céntimos por hora?

El patrón de esta muchacha ha logrado reunir ya un capital regular. Según las trazas que lleva, este capital se guardará cada día más. El patrón este dice que él ha hecho los reales que tiene con el sudor de su frente. Quién no hace capital, obligando a los empleados a trabajar 14 y más horas diarias con sueldos de 30 colonos al mes?

Se desgrana la mazorca de generalotes

¿Qué pása en Burgos? La descomposición «nacionalista» alcanza ya al propio Alto Comando de la rebelión

El tristemente famoso «movimiento nacionalista» de España está a punto de acabar descabezado. Entre los generalotes traidores, el que no muere de repente va a la cárcel. Ayer fue Cabanellas, en Málaga, que estira la pata debido según los partes oficiales, a un derrame cerebral. Una hemorragia, dicen—lo dejó primo o paralítico de medio cuerpo y al fin, tieso de cuerpo entero. Con una hemorragia, he? ¡Vaya frescura!... Como si tuvieran sangre los generales sublevados españoles...

Puede, sin embargo, que la tengan. Medio litro, por lo menos; lo suficientemente para enrojecer de vergüenza arrebatados de la traición cometida. Ignoramos la razón de esa repentina «hemorragia» del pobre Cabanellas, como ignoramos también «oficialmente» el motivo de la prisión de Yagüe y Queipo de Llano. Lo que condujo al primero a la rumba y a los otros dos a sus respectivas celdas permanecerá por mucho tiempo en el misterio. Sin embargo, a pesar del siglo en que uno y otro caso se ha procedido—sistema diáfanoamente teuton, que Hitler ensayó con todo éxito en julio del 34 liquidando a los que podrían

estorbarle—, a pesar de la pericia con que el golpe ha sido dado, Franco no ha podido evitar que las gentes de dentro y de fuera de España murmuren la verdad. Y esa verdad es que Franco ha liquidado a sus amigos de ayer por el solo hecho de haber tenido durante un momento vergüenza de la ignominiosa invasión de España, por ellos mismos provocada. A Yagüe lo pierde una frase de su último discurso... «hay que acabar con la leyenda de la cobardía de los republicanos, porque si éstos lo fueran, ya España habría sido totalmente conquistada.» Es decir, que si los leales españoles fueran los cobardes que la propaganda franquista se empeña en presentarnos, ellos, los republicanos, que sólo tienen esa arma formidable—el valor de morir antes que ceder—habrían perdido ya la guerra. Yagüe, que ha hecho la famosa «marcha sobre Madrid» y la campaña de Levant, se atreve a llamarlos republicanos y valientes. ¡Bastemial!, gritan los corifeos de Franco. Y el infeliz Yagüe da con sus huesos en la cárcel, para escarmiento de la humanidad. Por otra parte, Queipo en

Sevilla, desobedece las órdenes que insolentemente le dicta un sargento alemán y en castigo de su desobediencia le reducen a prisión los mismos alemanes de la tropa del sargento que manda en Sevilla. De Cabanellas, el de la «hemorragia», nada concreto sabemos, sino que murió y lo enterraron lo más discretamente posible. No habrá faltado, claro está, un doctor que certifique el fallecimiento «natural» del pobre titere galonado.

Pero lo cierto es que la mazorca se desgrana. Hasta ahora, nada habíamos oído de deserciones de la alta oficialidad. Desertaban los soldados, aquellos pocos soldados españoles, hombres del pueblo, sanos y patriotas, que ingresaron a la fuerza al ejército traidor, las más de las veces por salvar la vida. Pero ahora las deserciones son por arriba, en el propio Alto Comando, en el mismísimo Estado Mayor.

¡Qué importa...! dicen Franco y su camarilla. Y tiene razón en encogerse de hombros; por cada militar español que haya necesidad de hacer desaparecer vendrá un «Von» de rapada cabeza y mandíbula antropoide, lustroso de bigotes.